



Nancy Huston
Labios de piedra

Traducción del francés de Antonio Soler

NANCY HUSTON

Labios de piedra

Traducción de
Antonio Soler

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Lévres de Pierre*
Traducción del francés: Antonio Soler Marcos

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2019

© Nancy Huston, 2018
© de la traducción: Antonio Soler, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 15990-2019
ISBN: 978-84-17747-94-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Eva y Pierre

Habría que observar con más detenimiento los minerales, los guijarros, la lava petrificada, los fósiles, la roca —nos dicen quiénes somos. Uno se atrinchera en esa mineralidad cuando pierde el amor.

ANNE DUFOURMANTELLE

Lo que aprendió de nosotros, Nessim, es que había que estar en guerra contra lo más íntimo de uno mismo.

OLIVIER ROLIN

LA GRAN DIFERENCIA

Camboya. No he ido más que una vez, a principios de 2008. Allí escribí un diario...

«13 de enero, villa Loti, Siem Reap, 5.30 h, sentada delante de nuestro bungalow envuelta en una oscuridad húmeda y calurosa, eco de música –tambores, un hombre cantando–, alboroto de gallos, el zumbido del aire acondicionado, algunos mosquitos, el aire inmóvil...»

En general, cuando voy a descubrir un país muy lejano lo hago acompañada de sus novelistas. Pero (por razones que entonces yo aún no comprendía) no existe la novela camboyana.

Aunque viajaba en pareja, viví aquel periplo sumergida en un extraño silencio y una extraña soledad. Estaba al acecho, hiperatenta a las huellas del genocidio de los jemeres rojos. El segundo día después de mi llegada compré en una librería de ocasión de la ciudad vieja de Siem Reap el libro del fotógrafo irlandés Nic Dunlop *The Lost Executioner* (*Tras las huellas del Verdugo*) y empecé a leerlo de forma obsesiva. El día siguiente hice fotos a un grupo de músicos que tocaban en una estrecha callejuela, sentados en el suelo. Alineadas, unas junto a otras, sus piernas de madera esperaban que los músicos las volvieran a coger después del concierto. Todos aquellos hombres habían sido heridos por minas antipersonas, todos habían sido amputados, a excepción del que tocaba la viola, cuyo arco dirigía el conjunto. Este músico era ciego. En Angkor, la joven de uniforme que comprobaba nuestros tiques en la entrada de los templos, nos dio unos folletos para el concierto de una orquesta de mutilados cuyos beneficios estaban destinados a los «niños del genocidio».

Un día tras otro mi marido se sorprendía: «¿Cómo un pueblo tan apacible y sonriente ha podido perpetrar contra sí mismo el peor genocidio de la historia de la humanidad?». Yo también estaba desconcertada por la cortesía y la dulzura exageradas de los jemeres. No sabía aún que mohines empalagosos y genocidio podían revelar la misma indiferencia, que la legendaria sonrisa de los jemeres (igual que la mía) era a menudo una máscara que sirve no para proyectar una imagen sino para proteger la intimidad de quien la lleva puesta.

Un día hicimos una excursión al quinto pino. Dos horas en un jeep con chófer a través de unas pistas de polvo rojo, pueblos miserables, chozas sobre pilotes, con los tejados de paja, vacas esqueléticas, búfalos... Al llegar a Banteay Srei y a Beng Mealea teníamos la sensación de haber llegado al culo del mundo. La vida en los arrozales era igual a la de aquí hace cinco, diez o quince siglos... con la diferencia de que esos campesinos contemporáneos eran más pobres.

Después de una semana, volvimos a coger un avión y, tras una escala en Bangkok, aterrizamos en Chiang Mai, en el norte de Tailandia. Nuestro amigo François Bizot nos esperaba allí, en una casa que al mismo tiempo era la sede de la Escuela Francesa de Extremo Oriente. Recuerdo la casa, de madera oscura, con una tapia blanca. Recuerdo la larga acera formando una curva suave en la puerta, lisa bajo nuestros pies desnudos, respunteada de farolillos. Recuerdo, por encima de nuestras cabezas, la luna en forma de tazón, como jamás puede vérsela en Europa. La terraza dominaba el río Ping. Pasábamos allí largas horas, después de la cena, paladeando whisky. Las conversaciones estaban acompañadas por lejanas músicas estridentes y por las carcajadas que llegaban de una discoteca de la otra orilla del río Ping.

En 1971, Bizot –entonces joven etnólogo especializado en budismo camboyano– había sido retenido, detenido, atado, encadenado e interrogado durante varios meses en un campo de reeducación de los jemeres rojos. El director del campo, prime-

ro guardián de Bizot y posteriormente su liberador, fue Kang Kek Ieu alias Douch, nombre que más tarde llegaría a ser célebre, y sinónimo de crueldad.

Mi marido y yo habíamos leído los libros de Bizot, *El portal*, y *Le Saut du varan*. Apreciábamos su pensamiento agudo y pesimista sobre el bien y el mal. Sabíamos que ese hombre estaba en una depresión perenne después de haber comprendido que tenía cosas en común con su verdugo, especialmente la banal capacidad humana de disociar fin y medios. Justo antes de nuestra llegada, Bizot había recibido un mensaje convocándolo ante el tribunal de Phnom Penh: tenía que testificar por primera vez ante el juez en la vista previa del proceso contra Douch y otros dirigentes de los jemeres rojos. De inmediato decidimos cambiar nuestros billetes de avión para acompañar a nuestro amigo en ese trance, y me sentí muy frustrada cuando vimos que ese cambio no era posible. A pesar de todo, esta súbita irrupción del pasado en el presente confirió un nuevo matiz a nuestras conversaciones en la terraza. Poco a poco, a medida que evocábamos juntos el régimen de Pol Pot o el marxismo dogmático que preconizaba la mayor parte de los intelectuales franceses en los años setenta, fragmentos de mi propio pasado empezaron a emitir señales dentro de mí. Y eso no es todo.

Una de las últimas veladas en la terraza, Bizot nos hizo un breve resumen sobre la prostitución tailandesa contemporánea. Tomé notas. Nos explicó que había tres casos muy específicos.

1.º El Burdel. Relaciones respetuosas, púdicas y en general muy dulces. El hombre entra, elige una mujer entre las seis o siete que le son ofrecidas, todas muy pudorosas, desvían la mirada... Una joven trabaja allí algunos meses, ahorra un poco y lo habitual es que vuelva a su pueblo y se case con su primer amor. Realmente, no es nada trágico.

2.º El Salón de masaje. Las mujeres están protegidas, la empresa lo administra todo (el tiempo, la tarifa...). Si el cliente quiere tener relaciones sexuales paga un suplemento y la mujer decide si acepta o no. Allí tampoco existe humillación ni violencia en las relaciones.

3.º El Bar. Paradójicamente, es lo peor. La joven empieza a beber y a fumar, trasnocha, los clientes están descontrolados, a menudo son pervertidos o violentos. La joven se hunde hasta las cejas en ese agujero. Destrozada, ya nunca podrá volver a su vida anterior.

Esa exposición me dejó atónita. No podía comprender que un individuo tan sensible como Bizot, hiciera unos análisis tan matizados (siendo además padre de dos niñas) y pudiese estar convencido de que una joven virgen puede salir indemne de cientos de coitos con desconocidos. Me vinieron a la mente, como flashes, recuerdos de un determinado «salón de masaje thai» en Manhattan. Puede ser que la semilla de este libro se plantara aquella noche en la penumbra húmeda de una terraza a la orilla del río Ping, en el norte de Tailandia, en enero de 2008.

A lo largo de los años que siguieron a aquel viaje al Sudeste Asiático no supe qué hacer con la sensación casi absurda, y sin embargo persistente, de que Camboya tenía algo que ver conmigo. Atravesando decenas de años y continentes la «Kampuchea Democrática» de los jemeres rojos insistía, me convocaba, me aseguraba que yo no era extraña a esa historia, y me exhortaba a aprehenderla a través de la escritura. Pero ¿de qué forma podía abordar un tema tan radicalmente exótico? ¿Qué tenía que decir, yo, blanca y burguesita, ciudadana de dos grandes potencias occidentales, sobre ese pequeño país tan violentamente extraño situado en la otra punta del mundo? ¿De qué modo podía apropiarme de él literariamente sin sentirme en una permanente impostura?

Pasaron los años. El proceso a los jemeres rojos tuvo lugar en 2009, Bizot declaró en él. En 2011 publicó su gran ensayo *Le silence du bourreau*, y ese mismo año vi –otro intento de comprender sin complacencia la personalidad de Douch– la película del cineasta y escritor camboyano Rithy Panh *Le Maître des forges de l'enfer*. A partir de ahí me volví a sumergir en otras obras de Rithy Panh, en particular en *El papel no puede envolver la brasa* (2007), magnífico libro y película sobre las jóvenes prostitutas de Phnom Penh. Finalmente, en el verano de 2016 decidí tirarme a la piscina.

Tras decidir que no volvería físicamente a Camboya (porque el país se había transformado por completo en las cuatro décadas siguientes a la caída del régimen de los jemeres rojos, fundamentalmente tras la irrupción de la era digital), me dediqué no sólo a leer libros y ver películas sobre esa época, sino también a impregnarme de relatos camboyanos y epopeyas indias, a encender varitas de incienso, a hacer yoga, a escuchar cantos budistas y a entonar mantras. Resumiendo, a desplegar todas las artimañas de mi oficio, que consisten en trabajar tenazmente para intentar cogermme de improviso.

Fue inútil: los individuos camboyanos seguían pareciéndome inaccesibles. No se puede forzar la creación de un personaje. La relación debe prender como prende el fuego. Si se actúa únicamente por medio de la voluntad, una misma no se lo creará y por tanto tampoco ningún lector se lo creará.

Después de largos meses de cambios de rumbo formales (¿novela?, ¿ensayo?, ¿relato?) y de corrimientos de tierra que muchas veces me dejaron a punto de renunciar –y también de modos distintos de resistencia (porque sé muy bien que un bloqueo que parece debido a aspectos formales del trabajo casi siempre es el reflejo del miedo a remover ciertos aspectos íntimos e inflamables que pueden explotarnos en la cara)–, retomé por enésima vez mi diario de 2008.

«14 de enero. Las sonrisas del rey Jayavarman en Bayon se asemejan a los surcos que hay en los balaustres de piedra, su cabeza está perfectamente integrada en las gruesas y sombrías columnas, en cada uno de sus lados. Nos mira desde arriba sonriendo, de frente y de perfil, Big Brother del siglo XII... Labios de piedra, labios de piedra, sonrisa radiante pero ausente, benevolente pero vacía: omnipresente, igual que las estatuas de Buda y todas las fotos de Pol Pot...»

Me estremecí súbitamente. Había dado con el único camboiano que podría ayudarme. Una idea loca y sin embargo la única posible. No el Pol Pot jefe de Estado, sino el niño, el adolescente y el joven que aún se llamaba Saloth Sar.

Se da la circunstancia de que yo también tengo un pseudónimo: Dorrit. Sólo que, al contrario que el dictador camboya-

no, yo sólo lo uso en mis textos autobiográficos.* No parecía imposible, a pesar de las flagrantes diferencias, que nuestras trayectorias dieran luz la una a la otra.

Los novelescos puntos de encuentro entre Saloth Sar y Dorrit comienzan a aflorar.

- En la primera infancia: pesadillas, sentimiento de exclusión e incluso de ostracismo, intenso placer por la obediencia y por el orden.
- Numerosas mudanzas, frecuentes cambios de forma de vida e incluso de idioma.
- Gran inseguridad durante los primeros años de colegio. Sar se refugió en el fracaso escolar y Dorrit, en el éxito, pero ambos se sentían solos.
- Angustiados, pero buenos, aprendieron a sonreír en cualquier circunstancia: serán seductores, encantadores, seducidos. En la adolescencia se iniciaron al mismo tiempo en el erotismo y en la política. (Único episodio del libro inventado: imaginé que Sar, al igual que Dorrit, vivió una gran historia de amor con uno de sus profesores.)
- Algo más tarde, su joven cuerpo es usado para dar placer a adultos del sexo opuesto. Perdidos interiormente, seguían sonriendo al exterior.
- En el curso de una gira teatral, ambos vivieron una experiencia decisiva, una sacudida violenta que los transformó para siempre.
- Algunos años más tarde se les concedió una beca para seguir sus estudios en Francia. En París, vivieron en el mismo barrio (cerca del Panteón), frecuentaron los mismos cafés y se divertieron en los mismos clubes de jazz.
- También en el barrio Latino descubrieron el marxismo, en esa época predicado de forma dogmática por la mayor parte de la intelectualidad francesa. Para ambos esas certezas políticas llegaron en el momento oportuno para se-

* Cf. *Bad Girl. Classes de littérature*, Actes Sud, 2014. (N. de la A.)

llar las fisuras de sus respectivas personalidades. Fueron a mítines en las mismas salas, se manifestaron por los mismos bulevares, a veces entonaron los mismos eslóganes y cantaron las mismas canciones.

- Aficionados a los paseos por los muelles del Sena, hacen importantes descubrimientos en los buquinistas.
- Después de algunos años en París, se entregan en cuerpo y alma a la defensa de una causa: para Saloth Sar será la liberación de Camboya, para Dorrit la de las mujeres. Esta pasión militante confiere a sus respectivas existencias un sentido nuevo, roborativo: bajo esa influencia escriben y publican sus primeros textos.
- Embriagados por la esperanza de una revolución, desde ese momento, con una sonrisa en la boca, están dispuestos a todo.

Pol Pot causó estragos durante los años setenta. Mientras, la vida de Dorrit atravesaba un periodo que hace tiempo bauticé como «entre virgen y esposa». Un periodo nuevo en la vida de las mujeres (porque hasta entonces ellas eran vírgenes desde el día de su nacimiento hasta el de su boda) y que para Dorrit duró casi exactamente una década, desde los quince hasta los veinticinco años. Poco a poco sus historias van a colisionar. Cuando en 1977 Dorrit empezó a oír hablar de las masacres cometidas por los jemes rojos, estuvo a favor de ellas. A comienzos de 1979, el reinado del hombre noche y la historia de la *mad girl* acaban abruptamente. Para Dorrit a causa de su matrimonio y para Pol Pot por su derrota militar.

En definitiva, dos monstruos. Dos niños devorados primero por el miedo y después por la rabia. Dos bocas en las que permanentemente se dibuja una sonrisa equívoca. Cuatro labios de piedra.

Pero, por muchas y profundas semejanzas psicológicas que existan entre los dos protagonistas, estas quedan prácticamen-

te anuladas por la brecha (histórica, cultural, religiosa, política) que separa los mundos de los que proceden.

Pequeña revolucionaria de salón, de ese tipo que tanto abundaba en la Francia de la época, Dorrit padecía un egocentrismo típicamente occidental. Su historia seguirá una trayectoria romántica y novelesca. Y el desenlace, aunque pueda parecer «dramático» según la perspectiva de una vida común, resultó insignificante dentro de la historia del mundo.

Emigrante de un país machacado por sucesos históricos que lo sobrepasaban (colonialismo, Guerra Fría, guerra de Vietnam, Revolución China), Saloth Sar transformará su marxismo teórico en hechos y sumirá a Camboya en un horror sin precedentes. El régimen que instauró causará un millón de víctimas. Seres borrados.

Nuestras naturalezas son diferentes. Hay muchas naturalezas diferentes sobre la Tierra. Las páginas que siguen quieren poner de manifiesto esa gran disparidad. Con la esperanza, tal vez, de reducirla.

Con el fin de introducirme del mejor modo posible en el interior del dictador camboyano, de comprender los momentos de debilidad, edificantes y deplorables de este hombre que me resultaba tremendamente extraño, elegí tutearlo. *Al contrario*, para hablar de la joven canadiense desarraigada que me es demasiado familiar, opté por la preciosa distancia literaria que supone la tercera persona.